¿Cómo puedo ser bienaventurado?

Preguntas cruciales

R.C. SPROUL

PC

¿Cómo puedo ser bienaventurado?

R.C. SPROUL



Los minilibros de Preguntas cruciales proporcionan una introducción rápida a las verdades cristianas fundamentales. Esta creciente colección incluye títulos como:

¿Qué es la fe?

¿Puedo tener gozo en mi vida?

¿Qué puedo hacer con mi culpa?

¿Puedo estar seguro de que soy salvo?

¿Qué es el bautismo?

¿Controla Dios todas las cosas?

¿Cómo debo vivir en este mundo?

¿Qué es la Trinidad?

¿Quién es el Espíritu Santo?

¿Qué significa nacer de nuevo?

¿Cómo puedo ser bienaventurado?

es.Ligonier.org Poiema.co

Publicado originalmente en inglés bajo el título
How Can I Be Blessed?
por Ligonier Ministries
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org

Impreso en China
Amity Printing Company
0000424
Primera edición

ISBN 978-1-64289-630-5 (Tapa rústica)
ISBN 978-1-64289-631-2 (ePub)

Diseño de portada: Ligonier Creative
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Ministerios Ligonier
Diagramación en español: Poiema Publicaciones

SDG

This digital document has been produced by Nord Compo.

Contenido

Capítulo uno

La belleza de ser bienaventurado

Un día entré en mi oficina y encontré una carta de un antiguo estudiante que se iba a casar en California y nos había invitado a Vesta y a mí a participar en su boda. Por causa de nuestra agenda no pudimos aceptar, así que nos escribió para decirnos: «Si no pueden venir, ¿podrías grabar una oración de bendición para nuestra boda?». Me conmovió esta petición, por lo que de inmediato un productor y yo entramos en una cabina de grabación y grabamos una oración especial de bendición para la boda de esta pareja. Estoy seguro de que me conmovió mucho más a mí que a ellos porque, como pastor, considero que pronunciar una bendición es uno de los mayores privilegios que tenemos.

La palabra *bendición* significa simplemente «buen dicho». Procede de dos raíces latinas: *bene*, que significa «bueno», y *dictio*, que significa «declaración» o «dicho». Una bendición es una

declaración buena, un anuncio de bienaventuranza. La bendición estándar del Antiguo Testamento es la bendición de Aarón, que se encuentra en Números 6. Está escrita con lenguaje y paralelismo poético:

Que el SEÑOR te bendiga y te guarde;
El SEÑOR haga resplandecer Su rostro sobre ti,
Y tenga de ti misericordia;
El SEÑOR alce sobre ti Su rostro,
Y te dé paz (Nm 6:24-26).

Esta bendición judía habitual tiene tres líneas, y cada una dice lo mismo de dos maneras diferentes. En este tipo de paralelismo literario, si no captamos el significado en una línea, las líneas siguientes lo aclaran para que comprendamos plenamente lo que se está expresando.

Nota también el énfasis en el rostro de Dios. Esta bendición alude a un tipo especial de bendición, una intimidad cara a cara con el Señor. Para un israelita, el estado más elevado de felicidad, la experiencia suprema de bienaventuranza se asociaba con acercarse lo más posible al Creador, estar en Su presencia inmediata y disfrutar de Su gloria al descubierto.

Los israelitas, como pueblo seminómada, estaban muy conscientes de la fragilidad de la vida humana. Vieron que la vida era como la hierba que brota y rápidamente se marchita y muere. Ellos anhelaban un hogar permanente. Querían ser preservados. Esta bendición debió ser sumamente alentadora. Cuando habla de la paz que el Señor brinda, se refiere a algo mucho más profundo que el cese del conflicto militar. Habla de una paz duradera, la paz con

Dios que toda alma anhela. Esta oración de bendición es la promesa de una bendición de paz, gracia y perseverancia.

A lo largo de la historia bíblica, este concepto de bendición estuvo estrechamente vinculado con la visión de Dios. Lo que en el Antiguo Testamento se llamaba bendición, a veces en el Nuevo Testamento se llamaba «bienaventuranza». En este minilibro, vamos a examinar una famosa y querida porción del Nuevo Testamento que habla de lo que significa ser bienaventurado. Este pasaje se conoce como las bienaventuranzas. Forma parte del gran sermón predicado por Jesucristo al que se le llama el Sermón del monte, y se encuentra en Mateo 5.

Para entender las bienaventuranzas, debemos comprender un poco sobre la forma que adoptan. Forman parte de lo que se conoce como «oráculos». Lo que a menudo viene a nuestra mente cuando oímos esa palabra es algo parecido al famoso oráculo de Delfos. Se trataba de una mujer, sacerdotisa del templo de Apolo, que miraba al futuro y leía la suerte de reyes y generales a medida que se preparaban para la batalla. Se le llamaba oráculo porque transmitía un mensaje de los dioses; era un canal de revelación divina.

En el Antiguo Testamento, los profetas de Israel eran agentes de revelación. No hablaban su propio mensaje ni expresaban sus propias opiniones, sino que su enseñanza era precedida por la frase: «Así dice el Señor». Luego daban un pronunciamiento de parte de Dios. Dios le dijo a Jeremías que pondría Su palabra en su boca y Ezequiel tuvo que tragarse el rollo amargo que se volvió dulce en su boca, porque era la palabra de Dios.

En el Antiguo Testamento, los *oráculos eran usados para referirse* a pronunciamientos divinos. Había dos tipos de oráculos: oráculos de bien, que eran anuncios de prosperidad o bondad divina, y oráculos de maldición, que eran anuncios de perdición o juicio. Por ejemplo,

Amós entregó una serie de pronunciamientos precedidos por afirmaciones del tipo «¡Ay de los que viven reposadamente en Sión, / Y de los que se sienten seguros en el monte de Samaria...!» (Am 6:1). La forma negativa del oráculo en el Antiguo Testamento solía ir precedida de la palabra *ay*. Vemos esto también en Isaías 6, cuando Isaías vislumbra el atrio interior del cielo y ve al Señor exaltado en Su trono. Isaías vio a los serafines volando y cantando: «Santo, santo, santo». Su impulso en esa ocasión fue pronunciar un oráculo de condenación sobre sí mismo, diciendo: «¡Ay de mí! Porque estoy perdido» (Is 6:5).

Jesús también utilizó esta forma oracular de dirigirse a los demás como parte de Su función profética. Pronunció oráculos de juicio contra los escribas y los fariseos. «¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas...!» (Mt 23:15). El Evangelio de Mateo en particular registra un gran número de estos oráculos de maldición.

El oráculo opuesto, un oráculo de bienestar, iba precedido de la palabra *bienaventurado*. Las bienaventuranzas son una serie de oráculos de este tipo. Jesús estaba proclamando la palabra de Dios para definir el nuevo pacto, la nueva era que se inauguró con Su venida.

Las bienaventuranzas tienen dos énfasis. El primero es el reino de Dios. Esta idea es central en la enseñanza de Jesús, especialmente en Sus parábolas. Juan el Bautista apareció en escena diciendo: «Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mt 3:2). Del mismo modo, Jesús inauguró Su ministerio público con el mismo anuncio (Mt 4:17). Con frecuencia explicó algunos aspectos de este reino contando una historia o relatando una parábola, precedida por la frase «El reino de los cielos es semejante a…» (ver Mt 13).

Incluso un vistazo rápido al Sermón del monte y a las bienaventuranzas revela que Jesús asoció el reino de Dios con Su propia vida y ministerio. No podemos separar la persona de Cristo del contenido de las bienaventuranzas, porque las bienaventuranzas mismas apuntan a Él como la fuente suprema de nuestra bienaventuranza.

Las bienaventuranzas se llaman así porque comienzan con la palabra *bienaventurados*. Hay una expresión relacionada que se usa en teología con respecto a este tipo de bendición. Tiene que ver con la esperanza suprema de la vida cristiana. Esta esperanza es la visión beatífica.

La visión beatífica es la promesa de que, en nuestra glorificación, veremos a Dios tal como es. Uno de los aspectos más difíciles de ser cristiano es amar, adorar, servir y obedecer a un Dios al que nunca hemos visto. Debemos caminar por fe, no por vista. Sin embargo, en el Nuevo Testamento se nos da la promesa de que llegará un momento en la consumación del reino de Dios cuando Su pueblo le verá tal como es, en toda Su gloria.

La razón por la que se llama visión beatífica es porque, cuando tengamos ese privilegio de contemplar a Dios, se consumará la aspiración más plena de nuestra humanidad. Esta esperanza está expresada en la famosa oración de Agustín de Hipona: «Oh Dios, nos has hecho para Ti y nuestros corazones están inquietos hasta que encuentren su descanso en Ti». Aunque la vida cristiana ha de estar marcada constantemente por un patrón de gozo, a medida que pasamos de un gozo a otro, siempre habrá un límite del gozo que podemos experimentar en este valle de lágrimas. La plenitud total de ese gozo no la experimentaremos hasta que le veamos cara a cara. Pasaremos a un nivel completamente nuevo de satisfacción

personal, gozo y plenitud personales; en resumen, a un estado de verdadera bienaventuranza.

Este tipo de bendición penetra lo más profundo de nuestra alma y la satura con una sensación de dulzura, deleite, satisfacción y contentamiento que no tiene límites. Es esta clase de bendición la que consideraremos al estudiar las bienaventuranzas.

Capítulo dos

Bienaventurados los pobres

«Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos». —Mateo 5:3

No vives en una monarquía si vives en Estados Unidos. Como parte de nuestro patrimonio nacional, los estadounidenses nos enorgullecemos de nuestra forma representativa de gobierno. Sin embargo, nuestra fascinación por la monarquía es ineludible. Los cuentos de hadas, las canciones infantiles y nuestra preocupación por la realeza británica demuestran que la monarquía sigue en nuestras venas. Seguimos pensando en términos de reyes y reinos. Al fin y al cabo, la mayoría de las naciones a lo largo de la historia mundial han estado gobernadas por monarcas.

El reinado de Dios en la Escritura está expresado en lenguaje monárquico. Dios no gobierna por referéndum; Sus mandamientos no son sugerencias. Él da decretos reales y ha elevado a Su Hijo a la posición de Rey de reyes y Señor de señores. La forma consumada

de gobierno en este universo es una monarquía, porque Dios ha ungido a Su Príncipe para ser nuestro Rey. En ese reino, Su Príncipe tiene la autoridad de dar herencia, membresía y posesiones a quien Él quiera.

Observa que, en la primera bienaventuranza, Jesús declara una promesa sobre el reino de Dios. La promesa es que el reino de los cielos será dado a aquellos que Jesús definió como «pobres en espíritu».

De inmediato surge una pregunta. El Evangelio de Lucas contiene un sermón similar al Sermón del monte. Se encuentra en Lucas 6 y a veces se le llama el Sermón de la llanura. En la versión de Lucas, Jesús solo dice: «Bienaventurados… los pobres» (Lc 6:20), omitiendo «en espíritu». También ofrece una serie de ayes, incluido «ay de ustedes los ricos» (Lc 6:24). El relato de Lucas contrasta a «los pobres» con aquellos que, por encontrar su suficiencia en las riquezas, están en grave peligro de no alcanzar el reino de Dios. La pregunta es: ¿por qué aparece la expresión «en espíritu» en el relato de Mateo?

La intención no es excluir la pobreza material de esta bienaventuranza. Más bien, Mateo quería que sus lectores comprendieran que la pobreza material no agota el significado de este texto. Los pobres en términos materiales pueden ser pobres en espíritu, pero también los ricos pueden ser pobres en espíritu. También puede haber personas profundamente empobrecidas que están amargadas, son codiciosas o están enfadadas con Dios y son cualquier cosa menos pobres en espíritu. Así que debemos tener cuidado de no hacer una correlación directa entre pobreza material y pobreza espiritual. El punto es que Jesús da una promesa a los que no se creen ricos, sino que encuentran su suficiencia y satisfacción en Dios.

Jesús estaba abordando un tema que es todo menos abstracto para la gente de Su época. Habló a los que eran pobres según el estándar del mundo, algunos debido a la opresión de un gobierno extranjero, otros porque habían abandonado las tentaciones de este mundo para seguirle a Él. Tal vez tenía en mente el lamento del salmista que se preguntaba por qué los malvados prosperan y los justos sufren (Sal 73). Como nos dice la literatura sapiencial, vivimos en un mundo patas arriba, donde algunos ponen su corazón en el poder, la riqueza y lo material, sin detenerse ante nada para obtener ventaja sobre los demás.

Jesús enseñó que este mundo al revés será puesto en orden en el reino de Dios. Prometió que Su Padre conocía su sufrimiento. Pues Jesús mismo era humilde y prometió a los que dejaran las riquezas de este mundo y buscaran el rostro de Dios que Su Padre los libraría. A ellos se les ha dado el reino de los cielos.

Capítulo tres

Bienaventurados los que lloran

«Bienaventurados los que lloran [sufren], pues ellos serán consolados». —Mateo 5:4

Mi autor favorito, Herman Melville, una vez escribió: «Hasta que no sepamos que una pena pesa más que diez mil alegrías, no nos convertiremos en lo que el cristianismo procura hacer de nosotros». No sé en qué estaba pensando Melville cuando escribió esas palabras. Tal vez recordaba aquellas palabras de la literatura sapiencial que dicen que «mejor es ir a una casa de luto / Que ir a una casa de banquete» porque «el corazón de los sabios está en la casa del luto» (Ec 7:2, 4). Tal vez pensaba en esta bienaventuranza.

Dado que las bienaventuranzas se pronuncian de forma tan concisa, no siempre nos queda claro de inmediato todo su impacto y la profundidad de sus implicaciones. Mucho se ha escrito sobre esta segunda bienaventuranza. Algunos la ven como una mera promesa

de consuelo para los que sufren. Otros ven en ella una dimensión más espiritual, en especial un sentimiento de pena o de duelo por nuestro pecado personal.

Es prudente no limitar su significado a ninguna de esas posibilidades, porque en la Escritura se describen diferentes tipos de sufrimientos. Por supuesto, está la pena por la pérdida de un ser querido. También está la pena que sentimos cuando nos arrepentimos de lo que hemos hecho, por la que, cuando el Espíritu Santo trae convicción de nuestro pecado, nos entristecemos profundamente y nos afligimos por haber ofendido a Dios.

Pero hay otro tipo de sufrimiento que es más amplio en su aplicación: el que experimentan aquellos que están bajo persecución. Jesús habló del sufrimiento que viene como resultado directo de ser identificado con Él. Los hijos de Dios son hijos de sufrimiento. En esto nos parecemos a nuestro Maestro. Jesús fue llamado «varón de dolores y experimentado en aflicción» (Is 53:3). Lloró la pérdida de seres queridos, como lo hizo con la muerte de Lázaro, pero también vemos a Jesús lamentándose por Jerusalén. Exclamó: «¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados a ella! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!» (Mt 23:37; cf. Lc 13:34). Jesús estaba profundamente afligido por todo el dolor que veía en este mundo y también por la fuerza y el poder de la maldad en este mundo. Él entendió lo que significaba ser un sufriente.

El Antiguo Testamento habla del sufrimiento en muchos lugares. En el Eclesiastés leemos que hay tiempo de llorar (Ec 3:4). Los Salmos contienen muchas expresiones de dolor profundo, sobre todo de la pluma de David, como cuando exclamó: «Cansado estoy de

mis gemidos; / Todas las noches inundo de llanto mi lecho, / Con mis lágrimas riego mi cama» (Sal 6:6).

La historia de Israel es la de una nación familiarizada con el sufrimiento. Debido a su ubicación, Israel experimentó grandes turbulencias debido a que fue continuamente disputada por otros reinos. Esta pequeña nación fue un peón en los muchos conflictos del mundo antiguo. Fue una tierra marcada por la sangre, el dolor y el sufrimiento.

Sin embargo, era la Tierra Prometida, la tierra que Dios dio a Su pueblo. Así que el pueblo que Él había llamado del mundo era un pueblo familiarizado con el sufrimiento. Era parte de su destino nacional. Por lo tanto, en sus expectativas religiosas estaba la promesa futura de consuelo.

En Lucas 2 encontramos la historia de Simeón. Era un santo anciano a quien Dios había hecho una promesa: «Había en Jerusalén un hombre que se llamaba Simeón. Este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y por el Espíritu Santo se le había revelado que no vería la muerte sin antes ver al Cristo del Señor» (Lc 2:25-26). Simeón no solo era justo y devoto; él esperaba algo: la consolación de Israel. Este término no se refiere simplemente a un acontecimiento o a una experiencia de consuelo que la nación disfrutaría. La «consolación de Israel» se refería a una persona. Este es uno de los títulos poco conocidos de Jesús en la Biblia. El Mesías, que ministraba a los pobres, los heridos y los afligidos, es la encarnación de las promesas de Dios a Su pueblo en el Antiguo Testamento de que Él sería su consuelo. El Mesías durante Su ministerio traería consuelo a los que lloran; traería descanso a las almas inquietas.

Ese es el ministerio de Dios hacia Su pueblo. Él promete sanar sus corazones rotos y restaurar sus almas. De eso trata la segunda

bienaventuranza. No porque el sufrimiento sea motivo de celebración; Jesús no estaba ignorando el dolor y la aflicción asociados al sufrimiento. La razón por la que somos bendecidos en Él es porque al pueblo de Dios se le promete la consolación de Israel. El dolor es una bendición disfrazada; bienaventurados los que lloran porque serán consolados por la consolación de Dios con nosotros.

Todo el mundo sabe qué son la aflicción y el dolor; todo el mundo ha estado en la casa del luto. ¿Adónde iremos buscando consuelo? ¿Cuál es nuestro consuelo? Jesús dijo a la gente: «Vengan a Mí, todos los que están cansados y cargados, y Yo los haré descansar» (Mt 11:28). Estas fueron las palabras de consuelo del Israel encarnado. Esa es la promesa de Cristo a todos los que le buscan en medio del sufrimiento.

Capítulo cuatro

Bienaventurados los humildes

«Bienaventurados los humildes [mansos], pues ellos heredarán la tierra». —Mateo 5:5

El filósofo Friedrich Nietzsche declaró una frase que se hizo famosa: «Dios está muerto». Nietzsche no admitía con sus palabras que creía en una deidad. Más bien quiso comunicar que la *idea* de Dios está muerta. Nietzsche creía que Dios solo existía en la mente de Sus seguidores, quienes eran entonces responsables de Su muerte: «Dios ha sido víctima de asesinato, y nosotros, como seres humanos, somos los asesinos». Sin esta convicción como base, no hay confianza en un orden cósmico ni fundamento alguno para la moralidad o los valores.

Nietzsche también dijo que el impulso fundamental que motiva el espíritu humano es la voluntad de poder o la ambición de alcanzar sus metas. Presentó como ideal humano al *Übermensch,* o el

superhombre. Tras la muerte de Dios, el *Übermensch* surge para crear un nuevo conjunto de valores centrados en este mundo, en contraste con los valores espirituales del judeocristianismo. El *Übermensch* se caracteriza por ser una persona de gran audacia y valentía, sin ataduras a valores anticuados y plenamente capaz de ejercer su propia voluntad de poder. Según Nietzsche, hemos sido creados para ser y hacer esto, pero los valores espirituales del judeocristianismo —con su énfasis en la humildad, la mansedumbre y el amor— han aplastado y destruido el espíritu humano.

Es significativo que Nietzsche interpretara la humildad como una debilidad que fue impuesta sobre el mundo principalmente a través de las enseñanzas de Jesús. Vio la humildad como la razón por la que Dios había muerto, pues era demasiado débil para sobrevivir. Cuando observamos el concepto bíblico de la humildad, vemos algo radicalmente diferente de lo que vio Nietzsche, y en verdad diferente de la perspectiva que también tienden a tener muchos cristianos.

El concepto de humildad a menudo evoca la imagen de alguien que se deja pisotear, que es indeciso, que no tiene carácter y que carece de las virtudes que Nietzsche exaltaba, como la valentía. Pero la Escritura ofrece dos ejemplos de humildad en dos de los personajes más destacados de la Biblia. En el Antiguo Testamento, Moisés fue el hombre destacado por su humildad; Jesús fue el hombre más destacado por Su humildad en el Nuevo Testamento. Sería muy difícil encontrar dos figuras en la historia de la raza humana que exhibieran mayor fortaleza de carácter que estos dos hombres.

Moisés fue un líder cuyo valor era asombroso. Dios le encomendó la tarea de liberar a la nación de Israel de la esclavitud. Se enfrentó cara a cara con el gobernante más poderoso del mundo antiguo, el faraón de Egipto. Resistió los tormentosos ataques de los rebeldes

contra él en el desierto. Sin embargo, en todo esto, Moisés se destacó por su humildad (ver Nm 12:3).

Jesús se refirió a Sí mismo como «manso y humilde de corazón» (Mt 11:29). Sin embargo, se enfrentó a toda la estructura de poder de Su tiempo, resistiendo la opinión pública, las autoridades políticas y religiosas, y soportando dolor y tortura increíbles a manos de Sus captores. Pero a pesar de Su gran fuerza y poder, fue llamado el epítome de la humildad. Es evidente, pues, que ser humilde no es ser débil; por el contrario, ser humilde en el sentido bíblico requiere un cierto tipo de fuerza interior que es extremadamente inusual.

Una vez conocí a un joven que fue ascendido a una posición de liderazgo en una organización. La mayoría de las personas a las que dirigía eran mayores que él, por lo que el estilo de liderazgo que adoptó fue una especie de tiranía, en la que era entrometido y exigente, insensible e incluso insolente. Le pregunté por qué había adoptado este estilo en particular, y me dijo: «Porque no me seguirán en mi juventud. Tengo que ser fuerte o perderé el poder que tengo con mi cargo». Le respondí: «Cuanto más poder tengas en este mundo y más autoridad se te haya dado en cualquier situación, más te será necesario mostrar gracia y ser humilde». Esta es una enseñanza bíblica primordial. Es fácil utilizarla en un alarde de arrogancia y tiranía cuando uno está en una posición de poder o autoridad, pero Dios se resiste a esa clase de estilo.

Le dije a este joven que hay un secreto peculiar que mucha gente no entiende: no solo es importante que la gente que está en posiciones de poder y autoridad temple ese poder con gracia, sino que es más fácil mostrar gracia cuando se tiene poder. Como tienes el poder para mostrar gracia, no necesitas ser tiránico. Solo cuando la gente no se siente segura de su autoridad es que manifiesta una especie de reinado tiránico sobre la vida de los demás.

Es importante recordar esto al considerar a Moisés y a Jesús. Nadie en el Antiguo Testamento recibió más poder que Moisés. Ciertamente, nadie ha tenido más poder que Jesús. Sin embargo, con el gran alcance del poder y autoridad que estos dos hombres tuvieron, ambos entendieron que podían darse el lujo de mostrar gracia. Por eso, cuando se dice que Moisés era humilde, en parte significa que ejercía su poder con mansedumbre y sensibilidad, así como el Señor también lo hizo.

Piensa por un momento en el estilo de liderazgo de Jesús. Una persona que está a cargo de otras debe conocerlas, reconociendo que algunas son testarudas y necesitan ser empujadas de vez en cuando, mientras que otras son débiles, están heridas y necesitan que se las trate con gentileza. Esto es lo que vemos con Jesús. Cuando Él lidió con gente que tenía autoridad, como los fariseos, no dio Su brazo a torcer; no se quedó callado y los reprendió con palabras fuertes. Sin embargo, se dice de Jesús que «no quebrará la caña cascada» (Is 42:3; Mt 12:20). Con los afligidos y humildes de Su tiempo, fue tierno, apacible y gentil. Era humilde, es decir, moderó Su poder y autoridad según las necesidades de las personas que estaban bajo Su cuidado.

Lo contrario de la humildad es un manejo arrogante y áspero del poder y la autoridad. Con frecuencia, cuando pensamos en personas que ejercen el poder sin ningún respeto o consideración por los que están bajo su autoridad, la palabra que nos viene a la mente es *despiadada*. La persona despiadada hace lo que sea necesario para conseguir lo que quiere y no teme utilizar una fuerza o un poder excesivos para lograr sus objetivos. Es difícil ser comedido cuando se tiene autoridad y poder y los intereses personales se ven amenazados. Ser humilde es querer algo y aun sabiendo que

podemos conseguirlo si ejercemos poder, optamos por dar un paso atrás y ceder nuestro derecho.

El hombre que es humilde ante Dios y tiene esa fuerza interior que le permite ser manso ante los hombres no será un hombre violento. Esta tranquilidad de espíritu le permitirá ser templado. Una persona con dominio propio o templada no es dada a los excesos, sino que sabe mantener sus límites por el bien de los demás.

En última instancia, el que es humilde se somete a la autoridad y al gobierno de Dios. En lugar de confiar en sus propias habilidades y autoridad, el humilde confía en que Dios lo protegerá y cumplirá Sus promesas.

Dios ha prometido una herencia a Su pueblo desde el principio. El pacto que hizo con Abraham incluía una tierra. En el Nuevo Testamento se nos dice que Dios va a instaurar un cielo nuevo y una tierra nueva. Eso forma parte de la promesa más amplia del reino de Dios. Jesús dijo a Sus discípulos que esperaran aquel día en que el Rey les dijera: «Vengan, benditos de Mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo» (Mt 25:34). Dios prometió el mundo entero como herencia a Cristo, y los que son de Cristo participan de esa herencia. Por eso, el humilde, en vez de arrebatar o apropiarse para poseer lo que puede conquistar en este mundo, es paciente para esperar la herencia que Dios promete.

Todos necesitamos escudriñar nuestras almas cuando escuchamos estas virtudes expuestas por Cristo; ninguno de nosotros es tan humilde como debería serlo. A veces confundimos ser humilde con ser débil. A veces no decimos nada cuando deberíamos; excusamos nuestra cobardía atribuyéndola a la humildad o a la mansedumbre. Moisés no fue un cobarde y ciertamente tampoco lo fue Jesús. La humildad no es contraria a la audacia, pero sí a la arrogancia. El cristiano que es humilde es

valiente al obedecer el llamado de Dios en su vida. Al final, ser humilde es ser sumiso al gobierno de nuestro Rey.

Capítulo cinco

Bienaventurados los que tienen hambre

«Bienaventurados los que tienen hambre
y sed de justicia, pues ellos serán saciados». —Mateo
5:6

Hay algo extraño en la cultura estadounidense. Tiene que ver con nuestro espíritu de competencia abierta y libre. La competencia es un ingrediente necesario para la producción de excelencia. Por ejemplo, en el mundo de los negocios, cuando una empresa tiene un monopolio, tiende a proveer un producto o servicio deficiente y de mala calidad, porque no hay competencia que mantenga a la empresa alerta. Cuanta más competencia exista, más querremos mejorar, esforzarnos y hacerlo mejor.

Cuando hice mis estudios de posgrado en los Países Bajos, en la década de los sesenta del siglo pasado, había una terrible escasez de viviendas. Era el país más densamente poblado del mundo y por eso para un extranjero era casi imposible encontrar un lugar donde vivir. Iba de una oficina de vivienda a otra buscando un apartamento para mi esposa e hija. Durante este tiempo, aprendí mi primer modismo holandés: *niets aan to doen mijneer*, que siempre iba acompañado de un encogimiento de hombros impotente. La frase significa: «No podemos hacer nada al respecto». Me crispaba los nervios porque pensaba que siempre hay algo que podemos hacer al respecto: así son las cosas en Estados Unidos. El Cuerpo de Ingenieros del Ejército de EE. UU. tiene un dicho: «Lo difícil lo hacemos de inmediato; lo imposible solo toma un poco más». El ingenio estadounidense se caracteriza por el afán de superación, de encontrar una solución a los problemas. No fue hasta que viví en una cultura diferente que me di cuenta, por contraste, de lo profundamente arraigada que está esa actitud en la cultura estadounidense.

Los estadounidenses están fascinados con los deportes. Suelo sentirme cautivado viendo partidos de fútbol americano, con la adrenalina a flor de piel y nervioso, preguntándome cómo va a terminar. En términos de la eternidad, ¿qué importa quién gane un partido de fútbol y por qué debería preocuparme tanto? Si alguien viniera de otro planeta y viera esto, pensaría que estamos locos.

Pero lo importante es el dramatismo que hay en la búsqueda de un objetivo, el impulso para alcanzar el éxito. Somos personas orientadas a objetivos. Está en nuestra sangre, nuestras tradiciones, nuestra historia y nuestra cultura. Incluso la persona que trabaja como esclavo toda la semana y no tiene la sensación de llegar a ninguna parte puede al menos sentir la emoción vicaria de ver

triunfar a su equipo favorito. Fíjate en cómo hablamos cuando nos referimos a nuestros equipos deportivos favoritos: cuando el equipo gana, decimos: «*Ganamos*» cuando el equipo pierde, decimos: «*Perdieron*». Queremos participar del éxito. Queremos ganar.

Hace algunos años, hablé con un hombre cuyo negocio consistía en ayudar a la gente a planificar el futuro. Me preguntó por mis objetivos, lo que quería lograr en la vida. Mientras hacía este ejercicio, me di cuenta de que había algo que brillaba por su ausencia en mis objetivos: no había nada que tenga que ver con la justicia.

Pensé: «¿Qué hay de malo en esta imagen? ¿Cómo puede un cristiano establecerse metas de vida y no tener en la cima alcanzar la justicia a los ojos de Dios?». ¿Acaso no dijo nuestro Señor: «¿Busquen primero Su reino y Su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas» (Mt 6:33)? Una de las cosas más aterradoras que dijo Jesús fue la advertencia de que «si [tu] justicia no supera *la* de los escribas y fariseos, no [entrarás] en el reino de los cielos» (Mt 5:20). Los fariseos estaban dedicados a la búsqueda de la justicia, pero acabaron en una búsqueda distorsionada de la justicia *propia*. Con facilidad podemos dejar de buscar la justicia con la excusa de que solo conduce a una justicia propia magnificada. Pero esto no elimina el mandato que Cristo nos da de buscar primero el reino de Dios y Su justicia.

Esto es evidente en las bienaventuranzas, donde Jesús pronunció una bendición sobre las personas cuyo objetivo es la justicia: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados» (Mt 5:6). No dijo: «Bienaventurados los que tienen por meta la justicia, porque alcanzarán su meta». Tampoco dijo: «Bienaventurados los que tienen deseo de justicia, porque obtendrán el deseo de su corazón». Más bien, Él habló en términos

cotidianos sobre un hambre intensa. No debemos simplemente buscar la justicia o tener la justicia como meta; debemos tener hambre y sed de ella.

A veces vemos deportistas tan bien pagados que tienden a dormirse en los laureles y no tienen el deseo de ganar. A veces los críticos miran a estas superestrellas y dicen: «No tienen hambre», mientras que el jugador joven que no está consolidado y no cobra mucho dinero está hambriento. Da el 100 % de su esfuerzo. Cuando alguien está apasionadamente comprometido con su meta, decimos que tiene hambre de ella. Jesús no estaba diciendo: «Bienaventurados los que se preocupan de manera displicente a fin de que, quizás, podrían crecer en justicia». Él pronunció la bendición sobre los que tienen hambre de ella. Bienaventurados aquellos cuya sed de justicia es una pasión que los consume.

¿Qué dice el Nuevo Testamento de Jesús mismo? Que el celo por la casa de Su Padre lo consumía (Jn 2:17). Este lenguaje gráfico significa que la pasión de Jesús por los asuntos de Su Padre celestial lo consumía. Su comida era hacer la voluntad de Su Padre. Así que Jesús mismo aparece como un hombre que buscaba apasionadamente la justicia y alcanzó lo que buscaba. No hay manera de que Jesús pudiera haber sido más justo de lo que era, pero tenía hambre de esa justicia en Su naturaleza humana.

Estamos condicionados a definirnos en términos de nuestros logros más que en términos de nuestro carácter. Pero Jesús pronunció bendición sobre un rasgo de carácter: bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Afirmó que no sería un esfuerzo infructuoso, pues prometió: «Ellos serán saciados». A menudo, las enseñanzas de Jesús, en especial en el Sermón del monte, hacen eco del sentir de las palabras que encontramos en Isaías. En una sección de este libro, Dios dice: «Los afligidos y los necesitados

buscan agua, pero no la hay, / Su lengua está reseca de sed. / Yo, el SEÑOR, les responderé, / Yo, el Dios de Israel, no los abandonaré. / Abriré ríos en las alturas desoladas, / Y manantiales en medio de los valles. / Transformaré el desierto en estanque de aguas, / Y la tierra seca en manantiales. / Pondré en los desiertos el cedro, / La acacia, el mirto y el olivo» (Is 41:17-19).

Esta promesa que Dios hizo, en una tierra desértica, seca y árida, consistía en que Él saciaría a los que tienen hambre y sed de Él. Dijo: «Todos los sedientos, vengan a las aguas; / Y los que no tengan dinero, vengan, compren y coman. / Vengan, compren vino y leche / Sin dinero y sin costo alguno» (Is 55:1). Nos alimentamos del pan de vida, el pan que ha descendido del cielo, que alimenta el alma y satisface el espíritu humano.

Al final, queremos la aprobación de Dios, pero el aplauso de los hombres puede ser ensordecedor y puede hacer que dirijamos nuestra atención a lograr todo, excepto lo que Cristo estableció como prioridad para Su pueblo: ser justos. Ser justo no es tan complicado; significa hacer lo que es correcto. Debemos tener una pasión por hacer lo que es correcto.

Capítulo seis

Bienaventurados los misericordiosos

«Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia». —Mateo 5:7

Es fascinante cómo armonizan las virtudes de las bienaventuranzas con la promesa que las acompaña. Tiende a haber una relación entre la virtud y la recompensa que se dará a quienes demuestren esa virtud. A los que tienen hambre y sed de justicia se les promete que serán saciados. A los que lloran se les promete consuelo. A los humildes —es decir, a los que están dispuestos a aceptar la providencia que tienen en este mundo— se les promete que heredarán la tierra.

El versículo 7 muestra el mismo tipo de correspondencia entre la virtud y la promesa: «Bienaventurados los misericordiosos, pues

ellos recibirán misericordia». Esto es tanto reconfortante como aterrador. No es una enseñanza inusual de Jesús; Él enseñaba este tipo de cosas con frecuencia. Incluso en el Padre nuestro se nos enseña a orar diciendo: «Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mt 6:12). Más adelante, en el Sermón del monte, se nos dice que la misma medida de misericordia que usemos para los demás, será la misma medida de misericordia que Dios usará con nosotros (Mt 7:2). Esto es aterrador porque tendemos a no ser tan misericordiosos con los demás como Dios lo es con nosotros.

Jesús ilustra la relación entre mostrar y recibir misericordia en la parábola de los dos deudores (Mt 18:23-35). Un hombre le debía a su amo más de lo que jamás podría pagar, así que suplicó por misericordia. Su amo se apiadó de él y le perdonó la deuda. Pero luego este siervo se dio la vuelta y exigió a otro hombre lo que le debía, una cantidad muy pequeña de dinero. Jesús muestra en esta parábola la incongruencia de recibir una gran cantidad de misericordia divina mientras se es mezquino para mostrar gracia y misericordia con el prójimo. La promesa de misericordia suele ir unida al mandato de ser misericordiosos, y nosotros, que hemos recibido la más grande misericordia de Dios, somos los que debemos ser más misericordiosos con los demás.

Encontramos en el Evangelio de Juan la historia de la mujer sorprendida en adulterio (Jn 7:53 – 8:11). Los fariseos tomaron a esta mujer en su oprobio y vergüenza y la arrastraron hasta el templo. Su preocupación en esta ocasión no tenía nada que ver con su celo por mantener la pureza de la ley de Moisés; solo querían atrapar a Jesús y esta mujer era solo un peón. Bajo la ley del Antiguo Testamento, el adulterio era un delito capital, castigado con lapidación, ejecutado por las autoridades religiosas. Pero el Israel de

la época de Jesús era una nación conquistada, ocupada por Roma. Una de las cosas que los romanos imponían sobre las naciones conquistadas era la jurisprudencia romana con respecto a delitos capitales: solo las autoridades romanas podían dictar la sentencia de muerte y llevar a cabo una ejecución.

He aquí la trampa: si Jesús decía que era necesario matar a la mujer para cumplir la ley mosaica, los fariseos irían a las autoridades romanas y dirían que estaba desobedeciendo la ley romana sobre la pena capital. Pero si Él decía que no la ejecutaran, Él estaría ignorando los mandamientos de la ley judía y los fariseos lo denunciarían por ser hereje.

Al principio, Jesús no dijo nada. En su lugar, empezó a escribir en la tierra. Juan no nos dice qué escribió. Luego les dijo: «El que de ustedes esté sin pecado, sea el primero en tirarle una piedra» (8:7). Luego se inclinó y volvió a escribir en la tierra. Entonces uno a uno de la multitud, empezando por el más anciano, se fue.

Es importante lo que Jesús hizo después. La mujer había pecado y la ley judía decía que debía morir, pero la ley romana decía que los judíos no podían matarla. El Hijo del Hombre tenía más autoridad que Moisés y más que el emperador de Roma; si Él quería ejecutar a esta mujer, tenía la autoridad bajo Dios para hacerlo. No ignoró la ley mosaica. Estuvo de acuerdo en que su ofensa era un crimen capital y designó a su verdugo: «El que de ustedes esté sin pecado». ¿Había alguien en ese grupo que estuviera libre de pecado? Había uno: Cristo mismo. Él tenía la autoridad y el poder para ejecutar a esa mujer, pero no lo hizo.

Al final, Jesús se quedó a solas con esa mujer. Le dijo: «Mujer, ¿dónde están ellos? ¿Ninguno te ha condenado?» (v. 10). Ella respondió: «Ninguno, Señor». Jesús le dijo: «Yo tampoco te condeno. Vete; y desde ahora no peques más» (v. 11). No la declaró

inocente ni le dijo que no se sintiera culpable. Hubo un pecado real y Jesús no tomó ese pecado a la ligera. Pero la trató con dignidad y mansedumbre, amabilidad y delicadeza. Ella estaba quebrantada y humillada ante Cristo. Él no le dio justicia; le dio misericordia.

Hay muchas ocasiones en las que, de forma rápida, brusca e irreflexiva, echamos mano del montón de piedras, olvidando que no estamos sin pecado. Jesús estaba libre de pecado, pero en lugar de administrar justicia a esta mujer, le administró misericordia. Esta historia es un microcosmos de cómo somos todos en la presencia de Dios, porque todos hemos cometido adulterio a los ojos de Dios. Al adorar a otros dioses, hemos traicionado a nuestro Amado. La iglesia es la novia de Cristo y la iglesia es adúltera.

La única manera en que podemos esperar permanecer en Su presencia es si Él nos trata de la misma manera en que trató a esa mujer. Él fue misericordioso y es por Su misericordia que podemos vivir. Es por la gracia de Dios que continuamos respirando en este mundo. Por eso Jesús dijo: «Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia». Debería ser fácil para nosotros ser misericordiosos, porque vivimos cada momento de nuestras vidas por la misericordia de Dios.

Capítulo siete

Bienaventurados los de limpio corazón

«Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios». —Mateo 5:8

Mencionamos en el primer capítulo la bendición suprema prometida a todo cristiano, la visión beatífica, en la que contemplaremos tal como es a Dios. Vivimos nuestra vida *coram Deo*, delante del rostro de Dios, pero Su rostro permanece siempre invisible para nosotros. Esta bienaventuranza promete específicamente la visión beatífica.

Una vez más, vemos que existe una conexión entre la promesa y la virtud particular exhibida por aquellos a quienes se les promete. Los misericordiosos recibirán misericordia. Los que lloran serán consolados. Los que tienen hambre y sed de justicia serán saciados.

Ahora, se nos dice que a los «de limpio corazón» se les promete la visión de Dios.

Esta es una afirmación aterradora. Si Dios fuera a alumbrar nuestros corazones, no encontraría corazones limpios. Si solo aquellos que ahora son de limpio corazón tienen alguna esperanza de ver a Dios, entonces estamos perdidos. No es por falta de capacidad fisiológica, sino por falta de carácter.

Jesús dijo que los que son limpios en lo más profundo son los que verán a Dios. Vemos la promesa de la visión beatífica en 1 Juan: «Miren cuán gran amor nos ha otorgado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios. Y *eso* somos» (1 Jn 3:1a). Juan introduce esta sección de su epístola con una expresión de asombro apostólico. Lo que resulta tan increíble y asombroso es que personas que no tienen un corazón limpio sean adoptadas en la familia de Dios. Nosotros simplemente no cumplimos con los requisitos para esa relación en términos de nuestro propio carácter; sin embargo, somos llamados hijos de Dios.

Juan continúa diciendo: «Por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a Él. Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. *Pero* sabemos que cuando Cristo se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos como Él es. Y todo el que tiene esta esperanza *puesta* en Él, se purifica, así como Él es puro» (3:1b-3).

A menudo la gente se pregunta cómo serán las cosas en el cielo. ¿Cómo seremos? ¿Nos reconoceremos? ¿Luciremos la misma edad que teníamos cuando morimos? ¿O tendremos cuerpos glorificados atemporales? ¿Cómo emplearemos nuestro tiempo? Siempre nos desconciertan estas cosas y Juan también lo estaba, pues dijo: «Aún no se ha manifestado lo que habremos de ser». Nos han dado destellos de cómo será el cielo, pero no tenemos una imagen

completa de lo que nos espera cuando crucemos al otro lado. Juan estaba consciente de los límites de nuestro conocimiento, e incluso de los límites de la revelación que recibió del Señor sobre estos asuntos; sin embargo, no nos deja caminando a tientas en la oscuridad. Aún no sabemos cómo seremos, pero esto sí lo sabemos: seremos como Él, es decir, como Cristo.

En otra parte, cuando el Nuevo Testamento habla de la consumación del reinado de Cristo a Su regreso, utiliza la palabra *apocalipsis*, que significa «revelación». En ese momento, Cristo se manifestará; aparecerá en toda Su gloria. Cuando la Biblia habla de verle de nuevo, se nos dice que le veremos cuando aparezca en esta revelación; todo ojo le contemplará. Así que la fuerza de estos pasajes debe dirigir nuestra atención a la esperanza de ver a Cristo en la plenitud de Su gloria.

La definición teológica de la Trinidad dice que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres en persona, pero uno en esencia o ser. Esta verdad promete algo aún mayor, si es que eso es concebible, que ver a Cristo cara a cara en la plenitud de Su gloria. No solo veremos la expresión de la imagen perfecta de Dios; veremos cara a cara a Dios en Su esencia misma. Obviamente, esto plantea una pregunta filosófica y teológica difícil: Si Dios es espíritu, ¿cómo puede la Biblia hablar de verlo en la pureza de Su esencia, cuando Su esencia pura es espiritual e invisible?

Jonathan Edwards tenía algunas ideas interesantes sobre este tema. Estas son ciertamente especulativas, pero me emociona pensar en ellas. Damos mucha importancia al hecho de ser testigos oculares; alguien dirá que algo es cierto porque lo ha visto con sus propios ojos. Sabemos cuán importante es la capacidad de ver y lo que daría un ciego por recuperarla. Así pues, debemos tener ojos funcionales para ver, así como un cerebro que interprete

correctamente las imágenes. Pero la capacidad de ver no es suficiente; necesitamos luz. No podemos ver en la oscuridad. Edwards sugirió que las experiencias que consideramos como directas e inmediatas son en realidad experiencias indirectas y mediadas. Pasan por pasos intermedios de luz, sensación, estimulación nerviosa, etcétera. Según Edwards, la visión final de Dios sucederá sin los ojos. Será una aprehensión directa e inmediata de la esencia misma de Dios por parte del alma humana, un modo de percepción completo y dramáticamente trascendente. Todas las barreras que nos impiden ver a Dios serán eliminadas, y nuestra alma se llenará de la aprehensión directa e inmediata del ser de Dios.

Jesús dijo: «Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios». Lo que ahora nos impide tener la visión de Dios es nuestra impureza, nuestro pecado. Juan dijo que cuando le veamos, seremos como Él, porque lo veremos tal como Él es. Queda la pregunta de si Dios nos glorificará en el cielo, permitiéndonos verle tal como es, o si se mostrará a nosotros, lo que nos purificará. No sabemos la respuesta, pero es interesante pensar en ello, porque nada sería un agente de purificación mayor que una visión directa e inmediata de la naturaleza de Dios. Juan dijo que incluso la promesa de esta visión futura sirve para comenzar nuestra purificación ahora mismo. Así que tenla siempre delante de ti como la promesa definitiva para la satisfacción de tu alma.

Capítulo ocho

Bienaventurados los que procuran la paz

«Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios». —Mateo 5:9

El lograr la paz es uno de los temas más importantes de toda la Escritura. De hecho, todo el drama de la redención supone la búsqueda de la paz en medio de una guerra que se extiende por todo el mundo y por casi toda la historia desde la creación. Leemos en Génesis 3 sobre la caída de la raza humana; no solo se trata de un acontecimiento histórico aislado, sino del comienzo de un estado mundial de hostilidad y distanciamiento. En el Nuevo Testamento, el evangelio está articulado en términos de reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo con Él mismo, y a los que creemos

en Él se nos ha dado el ministerio de la reconciliación (2 Co 5:18-20).

Existen ciertas condiciones necesarias para que haya reconciliación en cualquier disputa. La primera es el distanciamiento, porque sin este aspecto no hay necesidad de reconciliación. La reconciliación del evangelio es lo que trae sanidad a una relación rota.

Una vez di una conferencia en una universidad a un grupo llamado el Club de Ateos. El club me había invitado a defender la existencia de Dios. Yo había estado estudiando un sermón de Jonathan Edwards titulado: «Los hombres, enemigos naturales de Dios», donde habla de la hostilidad hacia Dios que se encuentra en el corazón humano desde la caída. La Biblia dice que la carne es enemiga de Dios, que por naturaleza somos enemigos de Dios (Ro 8:7). La idea central de mi conferencia a estos estudiantes era que la disposición de sus corazones era de hostilidad hacia Dios. El problema no era que no conocieran a Dios o fueran indiferentes a Él; su problema era que odiaban a Dios. Les dije que estaba dispuesto a discutir pruebas de la existencia de Dios, evidencias de la resurrección, etc., pero que, al final, no se enfrentaban a un problema intelectual, sino moral. No era por falta de pruebas que no creían en Dios; era porque no querían. Esta realidad está en el centro del rompimiento entre Dios y el hombre.

Las disputas y hostilidades surgen en todo tipo de relaciones humanas. Esposos y esposas que antes estaban unidos por el sagrado vínculo del matrimonio a veces se separan. En el lugar de trabajo pueden surgir conflictos violentos entre los trabajadores y la administración, que resultan en huelgas, agitación y disensiones. Una de las necesidades más sentidas en nuestra cultura es la de relaciones genuinas. El distanciamiento no es extraño para nosotros.

A menudo, estos conflictos nos hacen ver la necesidad de mediación.

Cuando fracasan las negociaciones laborales, a menudo se recurre a un mediador que ayude a las partes en conflicto a llegar a un acuerdo. Los consejeros matrimoniales y los pastores suelen hacer la función de mediadores entre esposos y esposas. El mediador es un intermediario que intenta hablar con ambas partes en litigio para lograr la unidad, que cesen las hostilidades, se resuelva el conflicto y se produzca la reconciliación.

Por eso en el mismo centro del mensaje del cristianismo está el mensaje de paz. El pacificador supremo es Cristo, porque el papel supremo que desempeña Jesús en el Nuevo Testamento es el de nuestro Mediador. Él media ante el distanciamiento entre nosotros y Dios. No es que estemos alejados porque Dios haya dado la espalda a la raza humana, sino porque la raza humana le ha dado la espalda a Dios. Pero Dios no se lavó las manos y se olvidó de nosotros; Dios Padre envió a Cristo para hacer la obra de mediación, para ser nuestro pacificador.

El lenguaje de paz se utiliza en todo el Nuevo Testamento para describir este acontecimiento de reconciliación. Cuando Pablo escribió a los romanos acerca de la misericordia, la gracia y el perdón de Dios al justificar a personas injustas mediante la obra de Cristo, escribió: «Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro 5:1). Nuestro mediador supremo, el Hijo de Dios mismo, ha asegurado nuestra paz final. Gracias a Su pacificación mediadora podemos ser adoptados en la familia de Dios. Por eso Jesús dijo: «Bienaventurados los [pacificadores], pues ellos serán llamados hijos de Dios». Así como Él es el Hijo de Dios y es el pacificador, también

serán llamados hijos de Dios aquellos que son Suyos, que imitan Su oficio pacificador a nivel terrenal.

Encontramos varios ejemplos de pacificadores en la Biblia. José hizo las paces con sus hermanos (Gn 45), Jonatán intercedió por David (1 S 20), David buscó reconciliarse con Saúl (1 S 24:8-15), y Pablo confrontó a Pedro por su hipocresía para hacer que volviera al evangelio (Gá 2:11-14).

¿Por qué no nos involucramos más en procurar la paz? Una de las principales razones por las que nos negamos a ser pacificadores es porque es una tarea peligrosa. Si te interpones en la pelea de dos hombres, puedes ser tú el que reciba el siguiente puñetazo. Y un pacificador es un pararrayos; tiende a convertirse en el blanco de las hostilidades de ambas partes. Si hay un trabajo ingrato dado al ser humano es el de pacificador.

Cuando Jesús pronunció Su bendición sobre los que procuran la paz, estaba pronunciando una bendición sobre los que trabajan por una paz auténtica, genuina y piadosa, no por lo que Martín Lutero llamó una paz carnal, una paz falsa. Los falsos profetas de Israel se jactaban de sus habilidades pacificadoras; su mensaje favorito era el de la paz. El profeta Jeremías, portavoz de Dios para la reconciliación, mediaba la palabra de Dios a una nación descarriada y llamaba al pueblo a volver a Él. El pueblo no escuchaba porque no le gustaba Su receta para la paz con Dios. Los falsos profetas dirían: «Dios no está enojado, todo está bien. Dios te ama tal como eres». Jeremías se dirigió al pueblo y le dijo que estos profetas gritaban: «"Paz, paz", / Pero no hay paz» (Jr 6:14).

Una paz auténtica es difícil de conseguir porque puede requerir un llamado al arrepentimiento. Se trata de algo muy poco popular, por lo que suele encontrar una fuerte resistencia. Jesús tiene que instarnos a procurar la paz, porque eso puede significar ponerse en

peligro, aunque no tanto como Jesús. Él tomó sobre Sí toda la ira de Dios contra el hombre, así como toda la ira que el hombre dirige contra Dios; ningún ser humano recibió una mayor hostilidad de la raza humana que Jesús en el Calvario. Al mismo tiempo, Él recibió la plenitud de la ira de Su Padre contra el pecado. La recibió de ambos lados. Lo hizo para lograr nuestra paz.

Capítulo nueve

Bienaventurados los perseguidos

«Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos». —Mateo 5:10

Cuando estaba en el último año del seminario, tuve el cuestionable honor de ser elegido para predicar el «sermón de último año». Se invitaba cada año a un miembro de la promoción a dirigirse a todo el alumnado, al profesorado y a toda la asamblea del presbiterio local en una ceremonia especial en la institución. El seminario al que asistí no era conocido por su compromiso con la teología ortodoxa o el conservadurismo y a menudo nadaba contra corriente. Mi sermón fue sobre el libro de Job y prediqué de la naturaleza del pecado humano.

En el transcurso de mis años en el seminario, había aprendido diferentes maneras de definir y explicar la naturaleza del pecado: en términos de las limitaciones de la existencia humana, la existencia inauténtica y la amenaza del no ser. Todas esas categorías tenían algunas ideas interesantes que reconocí en mi sermón. Pero, señalé que cuando leo las Escrituras, esta no es la definición de pecado que encuentro allí. Es mucho más que ser finito, inauténtico o amenazado con el no ser. El pecado, según las Escrituras, es una ofensa contra Dios, que es santo. Hablé del intento inicial de Job de defenderse frente a la majestad trascendente de Dios; sin embargo, cuando vio a Dios aparecer, Job dijo: «Mi mano pongo sobre la boca. / Una vez he hablado, y no responderé; / Aun dos veces, y no añadiré más», y «…me retracto, / Y me arrepiento en polvo y ceniza». (Job 40:4-6; 42:6).

Mis compañeros me abrazaron cálidamente y me expresaron su gratitud por el sermón. Fue una experiencia extraordinaria de amor y afecto, pero duró poco. Cuando salí de la capilla, había tres profesores en la puerta con el decano de la institución. Obviamente estaban enfurecidos. Oyeron en mi sermón una crítica a la teología que ellos habían estado enseñando. El decano, echando chispas, se acercó y me reprendió con dureza. Con su dedo en mi cara, dijo: «Esa fue la peor distorsión de la teología cristiana que jamás he escuchado».

El Dr. John Gerstner era profesor de historia de la iglesia y teología y experto en teología reformada ortodoxa. Todavía pálido y tembloroso, fui a su despacho y le conté lo sucedido. Me miró con una cálida sonrisa y me dijo: «Bendito seas, Roberto» (me apodaba así por el gran beisbolista Roberto Clemente). «Todos los cristianos reformados, desde Martín Lutero hasta B.B. Warfield, se regocijan en el cielo por el sermón que se ha predicado esta mañana en la capilla

de esta institución». Y continuó: «¿No te das cuenta de que lo que has experimentado hoy fue ser perseguido y calumniado por causa del evangelio y nuestro Señor dijo: "Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos"?».

En Estados Unidos tenemos la libertad de predicar el evangelio sin exponernos a críticas violentas ni a la persecución. Este no ha sido el caso para muchos cristianos en todo el mundo y a lo largo de la historia. No hay duda de que la historia del cristianismo está llena de historias de persecución del pueblo de Dios. Los cristianos han sido encarcelados, torturados y asesinados. Sus negocios, sus medios de sustento y su reputación han sido destruidos. Martín Lutero fue acusado de agitar un avispero, creando tanto conflicto sobre el evangelio que debió haberse avergonzado de sí mismo. Él dijo que siempre que el evangelio se predica con claridad, sin distorsiones, hay conflicto, y si no hay conflicto en la vida de la iglesia, probablemente sea señal de que no se está predicando el evangelio.

Hay que preguntarle a nuestra generación: ¿Por qué no estamos en la cárcel? ¿Por qué no nos apedrean ni nos golpean con varas como a los apóstoles? ¿Por qué no rechinan los dientes contra nosotros con la hostilidad visceral que recibieron Jesús y los profetas del Antiguo Testamento?

Desde luego, el que la gente esté molesta con nosotros no significa necesariamente que estamos siendo fieles al evangelio. Puede ser que estemos siendo insensibles u ofensivos y por eso la gente esté reaccionando justamente. Aquí debemos tener cuidado. No queremos ofender con nuestro comportamiento; si los incrédulos han de ofenderse, debe ser por el mensaje del evangelio mismo, que traspasa los corazones incrédulos. Pero hay que preguntarse si algo

anda mal cuando no nos enfrentamos al tipo de oposición que históricamente han recibido los cristianos.

Una de las razones por las que no enfrentamos tanta oposición es que la cultura es más indiferente que antes. Pero quizás la razón más grande de la ausencia de una mayor persecución en nuestros días es porque hemos aprendido a evitarla. Nos hemos convertido en maestros de la evasión de conflictos. La mejor manera de evitar conflictos en relación con el evangelio es suavizarlo para hacerlo más digerible a la gente.

Recuerdo cómo me sorprendió la reacción de algunos de mis amigos cuando les dije de mi conversión a Cristo. Me convertí en mi primer año de universidad; fue el acontecimiento más emocionante de toda mi vida y no veía la hora de que llegaran las primeras vacaciones para volver a mi ciudad y ver a todos mis amigos. Nos conocíamos desde hacía años y nos queríamos mucho. Sin embargo, cuando les conté de mi conversión, me miraron como si hubiera perdido la cabeza. Me dijeron: «Eres algún tipo de fanático». Algunos incluso se volvieron hostiles. Me sorprendió; yo estaba feliz de haber encontrado a Cristo y supuse que ellos también lo estarían.

Me di cuenta de que siempre existe la tentación de suavizar el llamado al arrepentimiento que Dios nos hace a todos. El Nuevo Testamento nos advierte que debemos cuidarnos de los complacientes y aquellos de los que todo el mundo habla bien, porque Jesús dijo: «Me odiaron a Mí y te odiarán a ti también». No sugirió que esto era una posibilidad; dijo que era una certeza: «En el mundo tienen tribulación» (Jn 16:33).

Es fácil volverse paranoico ante la desagradable experiencia del rechazo. Pero se nos dice que busquemos en Dios la gracia para soportar la persecución por amor a Cristo y a Su reino. Cristo es honrado cuando Su pueblo soporta con paciencia la hostilidad del

mundo. No debemos sorprendernos cuando suceden estas cosas, ni debemos procurar que sucedan. Es algo que viene naturalmente cuando predicamos el evangelio y vivimos para Cristo.

En esta última bienaventuranza, Jesús dijo que los que son perseguidos por una causa justa —perseguidos por causa de Jesús— recibirán el reino como herencia. Cuando somos despreciados y rechazados por los hombres y experimentamos hostilidad, compartimos el sufrimiento de Cristo, porque Él ha sufrido estas cosas antes que nosotros y por nosotros. Y el Padre lo ha hecho Rey de reyes y ha preparado un reino para los que caminan con Él.

Estos creyentes —que se identifican con Su rechazo y que son pacientes y están dispuestos a forjar su carácter a través de las pruebas y la persecución— están, como dijo el apóstol Pablo, llevando en sus propias vidas las aflicciones de Cristo (2 Ts 1:3-12). La respuesta a las injurias y al rechazo de los hombres no debe ser la amargura ni el desánimo, sino, según Jesús, alegrarse y regocijarse.

Las bienaventuranzas son la receta de Dios sobre cómo podemos ser bienaventurados. Nos dicen lo que a Él le agrada. Él se deleita en dar a los que se deleitan en Él y en consolar a los que lloran. Promete el mundo a los que se someten a Él e imitan Su autoridad llena de gracia y promete saciar a los que anhelan la justicia. Los que muestran misericordia recibirán misericordia, y los de limpio corazón verán a Dios. Los que procuran la paz son realmente los que conocen la paz con Dios por medio de Cristo, y los que son perseguidos por causa de Cristo ganarán el reino. De todas estas maneras, Dios promete bendecir a los que le buscan. Y un día recibiremos la bendición suprema: contemplarle tal como es y glorificarle para siempre.

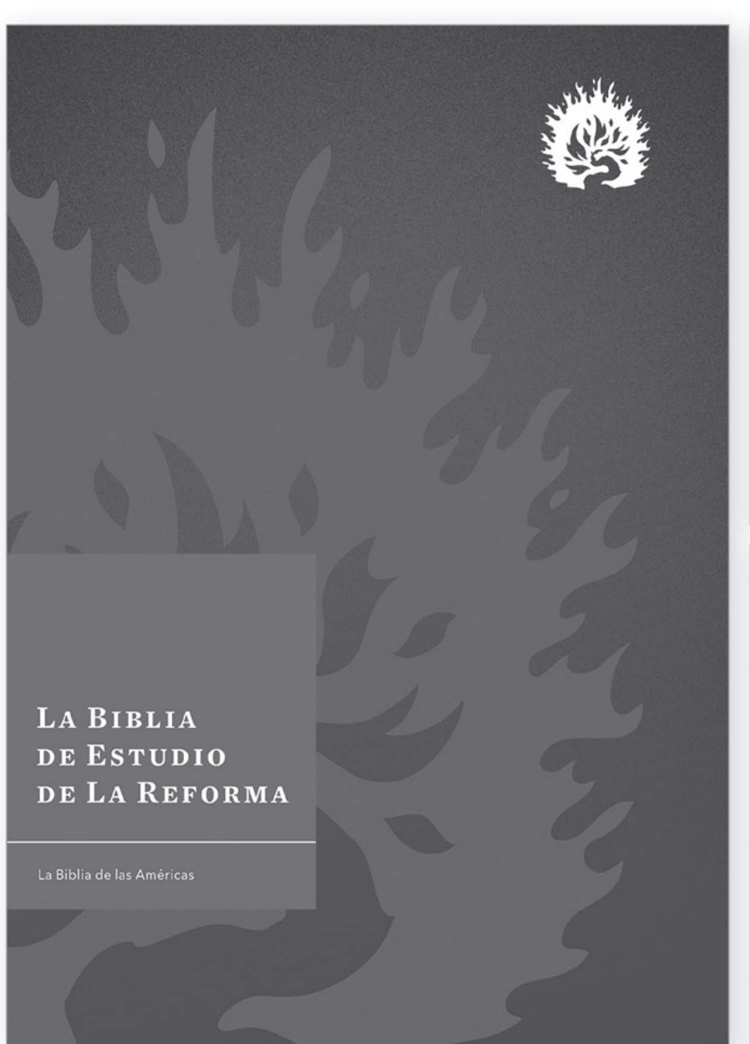
Acerca del autor

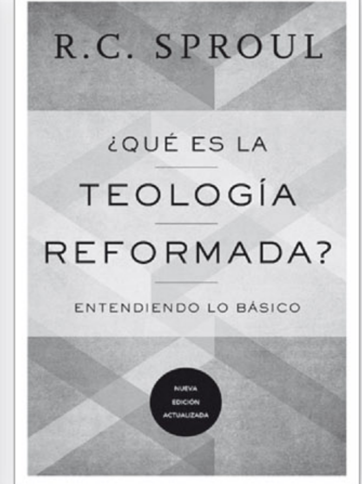
El **Dr. R.C. Sproul** fue fundador de Ministerios Ligonier, primer ministro de predicación y enseñanza en Saint Andrew's Chapel en Sanford, Florida, primer rector del Reformation Bible College y editor ejecutivo de la revista *Tabletalk*. Su programa de radio, *Renovando Tu Mente*, se sigue transmitiendo diariamente en cientos de emisoras de radio por todo el mundo y también está disponible en línea. Fue autor de más de cien libros, entre ellos *La santidad de Dios*, *Escogidos por Dios* y *Todos somos teólogos*. Fue reconocido en todo el mundo por su articulada defensa de la inerrancia de la Escritura y la necesidad de que el pueblo de Dios se pare con firmeza en Su Palabra.

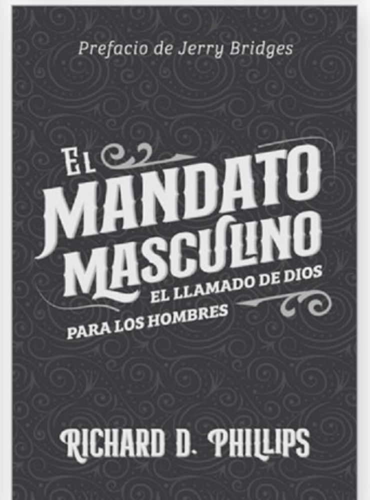
Para más recursos de Ministerios Ligonier, por favor visita *es.Ligonier.org*.

Otros libros de

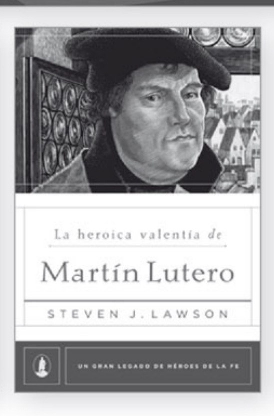
Ligonier + Poiema


La Biblia
de Estudio
de La Reforma
La Biblia de las Américas

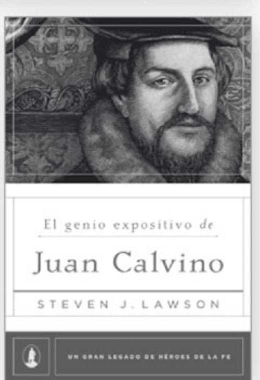

R.C. SPROUL
¿QUÉ ES LA
TEOLOGÍA
REFORMADA?
ENTENDIENDO LO BÁSICO


Prefacio de Jerry Bridges
El
MANDATO
MASCULINO
EL LLAMADO DE DIOS
PARA LOS HOMBRES
RICHARD D. PHILLIPS


¿Controla
Dios todas
las cosas?
R.C. SPROUL


La heroica valentía de
Martín Lutero
STEVEN J. LAWSON


¿Qué
es el
bautismo?
R.C. SPROUL


El genio expositivo de
Juan Calvino
STEVEN J. LAWSON